

1899

MADRID



EPISTOLA

Sr. D. M. C. de la G.:

Acabo de recibir su carta. Está bien, hablemos de la piedad: siempre es conveniente hablar de ella.

¡La piedad!

Es algo más que la religiosidad.

Puede ser uno creyente y mal cristiano.

Es algo más que la bondad.

Puede uno evitar los pecados mortales y no tener aspiraciones de más. La piedad va más lejos.

Se esfuerza en no ofender gravemente a Dios y trabaja por evitar los pecados veniales.

Hace penitencia.

Tiene sus horas de recogimiento y de oración.

Ejercitase en obras de caridad.

Muéstrase recatada en su hablar y en su vestir.

En una palabra, trata de avivar la llama del amor de Dios y de adquirir solidez y constancia en la práctica de todas las virtudes.

Como ve, la piedad está al alcance de todos.

No es patrimonio de las clases elevadas, lo es también de las clases humildes.

No es patrimonio de las almas instruidas, lo es también de las almas ignorantes.

Es simple cuestión de *fuego*.

¿Hay amor de Dios y deseo de amarle más? La piedad brota por sí sola.

La gracia que Dios comunica la hace brotar.

¿No hay ese amor? ¿No hay ese deseo? La gracia resbala por el alma y la piedad no brota.

Hay algo allí, si no refractario, resistente a la acción de la gracia.

Sí, cuestión de *fuego*.

No un fuego de volcán: éste haría brotar la santidad.

Fuego de *hoguera*, al menos.

Podría decir que la piedad es eso, el esfuerzo porque ese fuego no se apague, y el afán porque ese fuego adquiriera cada día proporciones mayores.

Y vea por ahí explicado el hecho que usted lamenta en su carta, que no aumenta la piedad en la misma proporción que aumenta el número de las almas que hacen gala de ser piadosas.

Se ama poco a Dios.

Aún se desea menos amarle cada día con mayor entusiasmo y con mayor firmeza.

Se tiene miedo a amarle de este modo.

Es que se teme que por ahí no vendrá la felicidad.

Se olvida que el diablo es quien hace desdichadas a las almas, ¡pero Dios!...

Dios, sólo puede hacerlas felices.

¿Qué se siente bajo los rayos ardorosos del sol? Calor, porque eso tiene el sol, calor.

¿Qué se siente sobre el césped de nuestros prados? Humedad y frescura, porque eso tiene el césped, frescura y humedad.

¿Qué se siente entre las flores de los jardines y entre los tomillos de nuestros cerros? Aromas delicadísimos, porque eso tienen, aroma.

¿Pues qué se sentirá a la sombra de Dios y descansando en El? Pues eso, lo que tiene, felicidad inenarrable.

El mundo no sabe esto: no lo puede saber.

¿Que por qué? Porque no lo ha gustado.

Gustad y ved cuán suave es el Señor, decía David.

Gustad primero, después vedlo.

Para saber la dulzura de la miel no hay como gustar la miel.

Aún más; no hay manera de saberlo sino gustándola.

¡Si se acercaran a Dios y posaran en El su alma afanosa de amarle!

Pero de esto ¿quién se cuida?

Y es una lástima.

¡Cuántas almas hay en el mundo, hermosas, no lo neguemos, hasta muy adictas a la causa de Dios, sostén de muchas Obras buenas, pero que no pasan de ahí!

Todo porque no se deciden a gustar de Dios lo que El les daría a gustar si tuvieran un poco más de fuego en el alma, o por lo menos el deseo ferviente de tenerlo.

Y hago aquí punto final: no hay más espacio disponible en El Eco.

Siempre a sus órdenes,

M. DE SANTA CATALINA.

PAX VOBIS

Año XXVII

Zaragoza, 3 Julio 1925

Núm. 629

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1578

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 5,
fábrica de toquillas (antiguo
camino del Sábado).

AL VESTIR EL TRAJE LARGO

A MIS HIJAS

Escuchad, que el caso es grave:
hoy siento un pesar profundo
que el alma explicar no sabe,
porque la cola es la llave
que abre las puertas del mundo.

Veo a mis hijas gozar
esas puertas al abrir,
y fascinadas soñar;
y yo, al mirarlas reír,
siento impulsos de llorar.

Mas ya la causa comprendo;
me entristezco contemplando
cómo el tiempo va pasando,
las flores se van abriendo
y el tronco ¡se va secando!

¡Hijas de mi corazón!
Ayer todo era inocencia,
todo alegría, ilusión;
mañana, con la razón,
vendrá la triste experiencia.

Hoy, al jardín, olorosas
llegan esas flores pálidas,
frescos botones de rosas;
se transforman las crisálidas
en pintadas mariposas.

Y abren su pecho a otro amor
que les robará la calma...
¡Hoy nacen para el dolor!
Que, en la mujer, el candor
es la paz, salud del alma.

En su infantil devaneo
no ven que un peligro encierra
el mundo, que es su deseo;
al entrar en él las veo
bajar del cielo a la tierra.

¿Quién las habrá de amparar,
en su inexperiencia, solas,
cuando tengan que luchar
entre las revueltas olas
de ese poderoso mar?

¿Y yo las he de perder?
¡Alma y corazón les di!
No me puedo convencer
de que ellas han de querer
a otros hombres más que a mí.

De sus plumas al calor
el ave guarda su nido;
y se estremece al temor
de que un halcón atrevido
vaya a robarle su amor.

Al final de mi jornada
no anhelo dichas, ni oro;
sin ellas no quiero nada;
¡y sé bien que una mirada
me ha de robar mi tesoro!

¡Ley del alma! A la mujer
el hombre busca, la quiere,
le da ensueños y placer;
¡mas no le puede ofrecer
un amor que nunca muere!

Veo a mis hijas gozar,
e invadiendo el porvenir,
tiemblo y me pongo a pensar...
¡Por eso al verlas reír,
siento impulsos de llorar!

TEODORO GUERRERO.



TRIBUNAL BARATO

—¿Qué haría yo, Macario, qué haría yo?...
—Hombre, *paice* mentira que *usté* pregunte esas cosas.

—¿Por qué dices eso?

—Hombre, porque *usté* es el amo y hace lo que le da la gana. Si *fué* yo, que no soy dueño de nada, y hasta *pa* escupir *paice* que me da reparo.

—No me refería a eso, Macario; yo me refería a que no sé lo que hacer para sacar de ti una persona decente.

—Nada, no haga *usté* nada, ya hace tiempo que me canso de ser eso; tan *cansado* estoy que estaba por *ime* por la otra calle.

—¿Qué calle es?

—Pues la calle del Trabuco; por esa calle no va más que la gente de copa y puro.

—¿Y por qué quieres ir por esa calle?

—Porque por esa calle se tose fuerte, se *devanta* el pico y se lleva un garrote al brazo y tol mundo te tiembla y te hace la reverencia. Pero qu' *hi* ido siempre por la calle del Agua Bendita, ya ve *usté*, y me voy a morir sin tener un triste olivar, que es cuanto se puede decir. Créame *usté*, *siñor*; en la calle del Agua Bendita no se crían más que lilas y abaloes. Eso soy yo, por mis *pecaos*, a ratos lila y a ratos ababol. Lo dicho, me voy a cambiar de calle. Si preguntan por mí, que m' *hi* trasladao a la calle del Trabuco, mano zurda, siempre bajando, hasta la calle el Fin.

—Dios te ha castigado, hijo mío, por haber torcido tus caminos.

—Y tan torcidos que van esos caminos; como que no hay quien los *endrece*.

—Pero tienes tú la culpa.

—Na más faltaba eso, pues; que me echara *usté* también la culpa de mis desgracias, ¡hay que ver!

—Sí, hijo mío, tú has querido hacer del dinero, de las riquezas, un dios.

—¿Qué risa! ¿De modo que yo *hi* querido hacer de las riquezas un dios? Ellas sí que han querido hacer de mí la *bulra* y el desprecio. Que nunca m' han *dao* la cara; si yo *hi* ido por un *lao*, ellas por otro, y siempre de mala cara, como si les *hubiá* hecho algún mal. Yo, que por mí, m' *hubiá* *juntao* siempre con ellas, *pa* vivir en la *mesma* casa, comer juntos, dormir en la *mesma* cama, sin tener una palabra más alta que otra; a paseo, juntos; a *viajea*, juntos; a *misa*, juntos; a todo, juntos. Yo *hi* querido a los dineros al querer de mi vida; mire, con todo mi corazón.

—Con que ¿con todo tu corazón?

—Sí, *siñor*, con todo.

—¿No ves? Eso, eso es hacer un dios de las riquezas, y por eso Dios te las ha negado siempre, por el mal uso que hubieras hecho de ellas.

—Sí, ¿eh? ¿Mal uso? Dígamele *usté* a nuestro *Siñor* que aprecio a las riquezas más de lo que El se figura.

—Yo no le digo eso a nuestro *Señor*.

—Hombre, haga *usté* el favor, no vaya a creer que...

—Dios no necesita que nadie le diga las cosas, lo sabe todo.

—Pero, por lo visto, en esto de los dineros está *entivocao*; lo menos le *paice* que a mí los dineros me dan cien patadas en la tripa. Y no es eso; a mí las patadas esas me las dan cuando se van y no piensan en volver. Dígamele *usté* que yo a los dineros los quiero más que a mi vida.

—¿Ves, Macario, como resulta que yo tengo razón? Más que a la vida no se debe querer más que a Dios; tú quieres a los dineros más que a tu vida, luego los dineros son tu Dios. Y eso no, Dios no hay más que uno, y ese Dios no son los dineros, ni las riquezas.

—Mire, *siñor*; en el mundo *semos* así. ¿Hay dineros?, pues ya hay paz en las casas, y alegría, y *felicidá*.

—Mientes.

—Hombre, mire *usté* lo que dice.

—Que mientes.

—Caray, lo dice *usté* de una manera que me quedo como si me pegara un tiro.

—Pues bien, te he dicho y te repito que mientes. Todos conocemos a muchas casas que tienen muchos dineros y no tienen ni paz, ni alegría, ni felicidad de ningún género. Y es que la paz y la alegría verdaderas valen mucho y no se compran con todo el oro del mundo.

—No sea *usté* *anfeliz*, *siñor*; *ahura* *mesmamente*, es una comparación, con media *ocena* de chu'etas *güenas*, un jarro de vinico de Cariñena, de ese que acomete como un toro y te da la puntilla antes de acabar, un par de salchichones, etc., etc., no habría en toda España, ni aun en todo Aragón un hombre más *fe'iz* que un servidor.

—Eres un desdichado.

—¿Y tan *desdichao*!, como que no tengo cinco duros *pa* eso, *pa* *haceles* fiestas como a los nenes, y *pa* que ellos me las hicieran a mí.

—Me he equivocado, Macario.

—Y tan *equivocao* como anda *us-*

té; lo *ques* que no se *quíe* convencer.
—Cuando yo te tomé a mi servicio, debí tomar un gato.

—¿Un gato?

—Sí, es igual; un gato y tu, poco más o menos, lo mismo. Todos los seres, hijo mío, traen a este mundo un problema que resolver. Los pájaros volar y cantar; los peces surcar la inmensa extensión del mar; las flores perfumar el ambiente; el hombre ser bueno, ser sabio, resolver el problema de su felicidad y el de los demás. Hay otros problemas secundarios, pero todos giran alrededor de esos problemas principales. El gato también tiene su problema, que consiste en comer carne, hacer la rosca y dormir profundamente; no siente otra aspiración más noble. Como ves, es un problema parecido al tuyo; tus aspiraciones y las del gato parecidas, como si fuérais hermanos: lo cual no creo sea una gran honra para ti. ¿Ser feliz con lo que sería feliz un gato? ¿No te da vergüenza?

—No *siñor*, miaja. A mí lo que me da vergüenza es que me vean comer coles, calabaza y pepino y que luego acabo la fiesta con un vaso de agua. Mire, no puedo, me muero de vergüenza. A mí me gustaría que me vieran comer costillas de tocino, conejos de monte, carne mechada y vinicos, aunque fueran rancios; y que se chupaban los dedos *na* más de *veme*, y que se morían de envidia y de rabia al *veme* en esos apuros.

—Los hombres buenos, los hombres que valen algo, se gozan en hacer bien a los demás; los hombres malos no gozan haciendo bien a los demás; sólo gozan haciéndose bien a sí mismos. Pero hay individuos que son peor que malos, los hombres ruines, que son aquéllos que sólo gozan haciendo rabiar a los demás: este eres tú.

—Me lo estaba pensando que m'iba *usté* a poner en ese candelero.

—De donde resulta que tú eres menos que el gato...

—¿A que venimos a resultar que soy como el ratón?

—Porque el gato come y no se mete en...

—¿Qué pocos gatos ha visto *usté*!

—Chico, dejemos esto, que me vas inspirando tal repugnancia que no sé a dónde vamos a parar. Nunca te había visto tan pobre y tan miserable como ahora.

—Es que son las tres de la tarde y aún no *himos* comido. Pues al gato ya l'hi visto con una rata más grande que él, se l'ha comido y ya está echando la siesta, como el más feliz de los mortales.

—Pero es a costa de ser gato.

—¿Quien fuera gato, u gata, me es igual!

—¿Qué rebajamiento tan grande! Había para estar siempre desde la mañana hasta la noche, ma'diciendo al pecado. El y sólo él tiene la culpa de que un hombre inteligente, creado a imagen y semejanza de Dios, que es poco menos que un ángel, destinado a vivir eternamente en el Paraíso, a causa del pecado se considere feliz, siendo como un gato hediondo y miserable. Si no fuera que considero que no tienes conocimiento y te tengo compasión, no sé cómo acabaríamos hoy. Porque realmente, un hombre que ha nacido para subir y elevarse hasta las más altas esferas,

hasta el mismo Dios, que se quede, por su torpeza, a la altura de un gato, esto es insoportable.

—Insoportable, ¿eh? Más insoportable es tener un hambre de siete ministros juntos y no tener *pa* que calle más que unas tristes coles que te meten en Jueves Santo y no te dejan salir.

—Oye, hijo mío, haz el favor de no hablar más; porque cuanto más hablas más lo echas a perder. Dios quiere, Macario, que confiemos en Él, de un modo absoluto, pero sólo en Él. Si nosotros confiamos en alguna otra cosa que no sea Él, Dios, ni nos da aquella cosa ni se da tampoco Él. Por eso tú, que confías tanto en el dinero, ni tienes dinero, ni tienes a Dios. ¿No ves los animalicos que no confían en el dinero, ni aun saben lo que es eso? Sólo tienen en Dios la absoluta confianza que el instinto les marca. ¿Has visto que les falte alguna vez alguna cosa?

—¿Alguna cosa? Más de cuatro. Cuántas veces a nuestro gato lo veo por esas falsas, con cara triste y gruñendo, que de *guena* gana se comería media libra de tripa; pero como no *tie* tres perricas, se aguanta como yo y *nos* dedicamos a *pasiar* el hambre arriba y abajo, como las niñas a los crios. Desengañese *usté*; las perras a todos *nos* vienen bien. Sin perras, ni se *pué* comer, ni se *pué* vestir una miaja *ecente*.

—Eso es mentira; ya te lo dije en otra ocasión. Oye lo que acabas de decir un pajarico y se escandaliza. Y el pajarico, desde un árbol, suspende su canto y empieza a predicarte; él en el púlpito, digo, en la rama, y tú abajo, discípulo del pajarico. Oye bien el sermón del pajarico: "Macario de mi vida, parece mentira que seas hombre, no lo hubiera creído, y no sepas lo que sabemos todos los animalicos. Dios nos ha convidado a la vida, quiero decir que nos ha criado y, ya se sabe, cuando una persona convida a comer a otra, no le cobra el cubierto, esto sería una grosería. Así, Dios, que nos ha convidado a vivir, nos pone el cubierto gratis, no nos cobra nada. Nos levantamos por la mañana y ya nos lo encontramos todo hecho. Y como todo está hecho, nos dedicamos a cantar de rama en rama; así le pagamos de algún modo. Nos pasamos la vida en pleno banquete, siempre está la mesa puesta rebosante de manjares. ¿Sabes tú los millones y millones de gusanitos riquísimos y semillas sabrosísimas de que están llenas las mesas? Por lo visto, tú no sabes nada de eso, ¡pobre Macario! Pues ¿y de vestir? ¿Ves este traje?, hace un año que lo llevo, lo tengo nuevo; y ya me está haciendo señas Dios, desde el cielo, para que lo vaya tirando por ahí, por entre las zarzas, o para cama de mis pequeños, y me dice que ya me tiene uno nuevo preparado. Chico, llevamos una vida de príncipes. ¿Dinero? ¿Para qué? Para peso. ¿Te parece mejor que yo llamar a mis hijitos y les dijera: tomad tres perricas y comprad media docena de mosquitos? Nos moriríamos de hambre; así, todos somos ricos, nada nos falta. Lo que me extraña, y mucho, que vosotros andéis tan apurados con eso del comer y del vestir. Dímelos en confianza, no lo diré; pero ha debido pasar

algo entre Dios y vosotros. El os mira serio; vosotros andáis con malas caras. No sé qué te diga, pero no me explico que el Señor, tan bueno para nosotros, que no nos deja levantar un palo del suelo, sea así con vosotros. Dímelos, ¿qué ha pasado?

... ..
¿Dinero nosotros? Dime, ¿tan bien os va a vosotros? ¿No os falta nada? ¿Es que el dinero puede suplir a Dios? Pues otro misterio: ¿por qué llorais? ¿Por qué para vosotros el mundo es un valle de lágrimas? Mira, no, no, el dinero no puede suplir a Dios; el dinero es un dios malo, supuesto que os hace llorar tanto y os da una vida arrastrada. ¡Y aún le queréis como si fuera un dios! Pero predicar a idiotas, digo, predicar a Macarios, sermón perdido. ¿Qué habréis hecho, qué habréis hecho, cuando el Señor os trata así! Y así que podríais ganar el cielo, que a todos os deseo. Amén.

—Pues, *miusté*, m'ha *gustao* el sermón; *paice* mentira que un pajarico tenga esa explicativa; no lo *hubia* creído.

—Aprende, aprende; los animalicos son nuestros maestros.

—¡Vaya un desparpajo!

EL MAGO.

ECOS DEL SAGRARIO

I

¿Que sufres!...

Pero Dios interviene en todo.

También en las cosas que te hacen sufrir.

No sólo esto: para tu bien ha ordenado el sufrimiento que te producen.

Herido, pues, por la enfermedad, y abrumado por el dolor, y amargado por el desengaño, repite sin cesar: *fiat*, hágase.

II

¿Que sufres!...

Pero el discípulo no ha de ser de mejor condición que el Maestro.

Y el Maestro..., ahí lo tienes, tendido en el desierto, desfalleciente en Getsemaní, humillado en el Pretorio, muerto en una cruz.

III

¿Que sufres!...

Pero miles de veces has prometido a Dios amarle con toda el alma.

Más que a todo.

Por encima de todo.

A costa de todo.

Y el amor esto es, fusión de dos voluntades, porque es fusión de dos corazones.

Corazones que se aman tienden siempre a encontrarse, nunca a distanciarse.

Y la oposición de voluntades es la distancia mayor posible entre dos corazones.

Aviva, pues, tu fe y di con toda el alma: Señor, *fiat*, hágase vuestra voluntad santísima.

IV

¿Que cuesta mucho?

Pero nadie, como el que comulga todos los días, viene obligado a amar a Dios por encima de todo y a *costa* de todo.

M. DE SANTA CATALINA.

HOJA PARROQUIAL DE ALCOBENDAS



*Dedicada a los niños y niñas de
Primera Comunión*

Existe en la vida de los hombres una felicidad enteramente feliz. Digo feliz, porque aun cuando la felicidad en este mundo es tan limitada, tan fugaz y tan deleznable, no obstante, en ciertas circunstancias, el hombre parece como que se eleva de su nivel ordinario, respirando entonces un ambiente completamente saturado de satisfacción que llena por completo todo su ser, haciendo del hombre en esos momentos, como un ser excepcional. Ese día es, indudablemente, el de la primera Comunión. ¿Por qué? Preguntádselo a los niños y niñas que el día siete de Junio recibieron por primera vez el Pan eucarístico, y a coro os contestarán que es la primera vez que se han unido con Jesucristo con el vínculo más estrecho que en la tierra existe, porque si los hombres desean la felicidad eterna a los que se unen en matrimonio, esa felicidad está ensombrecida por un fantasma terrorífico, pues esa felicidad, si existe alguna vez, lo cual es muy discutible y a las luces de la fe absolutamente falso, tiene por término una estrecha fosa en donde se sepultan para no resurgir todos los amores humanos y mundanos. Por tanto, tienen razón los niños y niñas. ¿Véis cómo se convierte el alimento que vosotros tomáis en vuestra carne y vuestra sangre? Pues bien; este alimento espiritual convierte vuestro espíritu y vuestro cuerpo en templo de Dios, os hace otros dioses, os deifica y se os da la prenda de vuestra futura gloria, y recibís al mismo Cristo, todo entero, no como en señal o en figura, como afirman los protestantes, sino en su misma real sustancia. Porque el pan y el vino, en virtud de las palabras del sacerdote, aunque sea indigno, por la potestad de orden que ha recibido, en el acto mismo de haber sido pronunciadas, se convierten en cuerpo y sangre de Cristo. ¿Qué importa que no sepamos cómo se efectúa esa transustanciación, esa conversión de la sustancia de pan y vino en cuerpo y sangre de Cristo? Lo afirmamos porque Jesucristo nos lo ha dicho, y Jesucristo es Dios, que ni puede engañarse ni engañarnos. Es el día más feliz porque todavía no existe, en esa venturosa edad, ninguna niebla que venga a empañar esa felicidad, todavía ese corazón palpita con la inocencia de la vida, ni han entenebrecido su alegría las densas nubes de los desengaños que más tarde han de aquilatar su paciencia, su resignación y, muchas veces, hasta su heroísmo en las crueles luchas que tendrán que soportar durante su existencia.

Vosotros, niños y niñas, disfrutáis en este día; sobre vuestras frentes, puras y purificadas más por la santa confesión, se cierne una aureola de grandeza, de la verdadera grandeza; ¿sabéis cuál es? La grandeza de la virtud. Pero, al mismo tiempo, he visto flotar sobre la cabeza de algunos de vosotros un negro crespón, algo que a vuestras familias hace de-

ramar lágrimas y lágrimas amargas, y esas lágrimas las producen los recuerdos, recuerdos tanto más tristes cuanto más se esfuerzan vuestros parientes en que aparezcáis completamente felices. Y es que la vida se compone de contrastes; junto a la felicidad, la desgracia; junto al honor, el deshonor; junto a la riqueza, la pobreza; y en los vaivenes de nuestra existencia nos vamos dejando jirones de la mentira, caprichosa y engañosa felicidad mundana. ¿Qué! ¿Lo dudáis? Escudriñad algunos de vosotros, pensad un poco y veréis que el beso que han depositado en vuestras tiernas mejillas, tal vez no ha sido de vuestros padres, ha sido de los que hacen sus veces, porque los vuestros se marcharon al cielo con Dios, y con sus lágrimas os quieren dar a entender vuestras familias la pena que les embarga, en medio de vuestra pueril alegría, al ver que vuestros padres no han podido depositar ese beso de paz, de alegría en vuestros rostros, y ellos los han sustituido en el cargo. Pero no tengáis pena, queridos niños y niñas, vosotros a quienes les falten sus padres u otros parientes en este día venturoso. ¿Qué tranquilidad, qué alegría, qué satisfacción poder ofrecer la primera Comunión para que Dios otorgue la paz sempiterna a esos vuestros queridos difuntos! Y ¡qué desdichados considero yo a aquellos padres y parientes que no permiten que los pequeños reciban la primera Comunión en sufragio de sus difuntos, inoculando en esos pequeños corazones el virus ponzoñoso del lujo y de la vanidad mundana! Porque al pasar el tiempo del luto podrán ir lo más elegantes posible, desprecian y vilipendian la fe de la Iglesia, la que profesaron nuestros padres, la que profesamos o debemos profesar, y dejan a aquellas almas sin el caudal que supone una primera Comunión ofrecida por los padres y parientes. Así, pues, niños y niñas, pedid por vuestros padres, si los tenéis, para que Dios les conceda mucha salud, y si no los tenéis, para que Dios les conceda el descanso eterno de sus almas; pedid por vuestros parientes y amigos, por vuestros queridos maestros, por las almas de los difuntos de este vuestro querido pueblo, por las benditas almas del Purgatorio, y, cuando ya hayáis pedido por todas esas obligaciones, reservad siquiera un rinconcito para pedir por el que ha estado muchos días con vosotros, por el que es vuestro amigo, por el que siempre os quiere y por el que desea vuestra salvación, que es

EL CURA PÁRROCO.

EL DIA DEL CORPUS

Grande ha sido, como todos los años, la fiesta del Corpus en esta católica villa. Con una mañana espléndida, en que parecían competir la majestad del acto con los encantos de la naturaleza, después de una Misa solemne, aprobada por el Papa Pío X, de feliz recuerdo, salió la

procesión, solemnisima en extremo, en la que figuraban todas las cofradías con sus estandartes, el pueblo en masa, autoridades locales, dos individuos del benemérito Instituto de la Guardia Civil dando escolta al Santísimo y presentando en los altares, primorosamente adornados, el incensario D. Manuel Fernández-Guisasa y Gómez, Concejal de este Ayuntamiento y la naveta D. Antonio Méndez García, primer Teniente Alcalde, los cuales siempre se distinguen en las funciones parroquiales. Con mucho orden y compostura, después de haber repetido en este día su Comunión, dijeron, de memoria y con buena entonación, versos compuestos por el señor Cura párroco, en los distintos altares, los niños y niñas que abajo se expresan, ofrendando al Señor Sacramentado sus corazones, sus almas y algunas poniendo a Nuestra Virgen de la Paz por su intercesora para que Dios les conceda su gracia para conservar la inocencia, que es lo que significa el traje blanco que todas ostentaban. Al regresar a la Parroquia, se reservó al Santísimo Sacramento, repitiendo los niños y niñas sus versos en el Altar Mayor. Como nota simpática hay que notar que una sobrina de nuestro buen amigo don A. Andrés Cao y Madariaga, cantó, acompañada por D. Justo Aguado, simpático Sacristán de esta Parroquia, la misa de Sacramento. Enhorabuena a todos.

Niños de primera Comunión

Lorenzo Muñoz Blasco, Eugenio Moreno de la Sen, Antonio López Aguado, Esteban Velayos Raposo, José Aguado Lozano, Miguel Lozano Martín, Tomás Barrera Aguado, Eugenio Valdemoro Lozano, Rafael Lescour Martín.

Niñas de primera Comunión

Dolores Martín Hombro, Concepción Díaz Alcalá, María Escorial Calvo, Carmen López Ramos, Carmen Gibaja Martín, Pilar Vázquez Aguado, Concepción Perdiguero Aguado, María Paz Melendo Baena, Francisca Ribada Huertas, María Paz Sobreviela Díaz, Ana López Cao, Josefa Rodríguez Lozano, María Alcón Garrido, Candelas García de Saa, Mercedes Dequer Alelú, Lucía Delgado Baena, Fernanda de Lasheras Alcalá, Asunción López Martín, Angeles García López, Catalina Vázquez Delgado, Luisa Delgado Cabello, Justa Aguado García, Julia Pérez Godínez.

Vestida de ángel estuvo y dijo su verso Concepción López Martín.

De segunda y tercera Comunión dijeron versos: Severina Casado Yagüe, Amalia Aguado Escribano, Lucía Valdemoro Baena y Prudencia Moreno Aguado.

MARIANO SEBASTIÁN IZUEL.

Tip. Gambón : Canfranc, 3, Zaragoza